



en el cuadro que pone á continuación, los terrenos de este modo:

Epocas...	{	Cuaternaria . . . . .	Reciente. Diluvial.
		Terciaria . . . . .	Plioceno. Mioceno. Eoceno.

Si, pues, la cuna y origen de la humanidad están en la época cuaternaria, si esta se caracteriza por la aparición del hombre, si este es el último ser vivo con cuya creación terminó Dios la del mundo, no es posible que viniera en el período plioceno, que pertenece á la serie terciaria, y después de cuya fauna comenzó la cuaternaria.

Hace luego una sucinta historia del período cuaternario, que en parte hemos copiado, y en ella notamos lo siguiente: «Durante este primer período glacial, la Europa no había aún presenciado la aparición de nuestra especie, al menos por ahora no se han encontrado datos que justifiquen su existencia.»

Ya se ve qué caso hace aquí de los descubrimientos de Desnoyen, Bourgeois y Delaunay. Y sigue: «Verdad es que, ocupadas las partes bajas por el agua líquida, y cubiertas las altas mesetas y los montes por las nieves, á guisa de inmensas sábanas, no ofrecía este continente, y con bastante probabilidad los otros tampoco, condiciones favorables para que se realizase ese gran acontecimiento, con el que, según la frase bíblica, quiso Dios coronar la portentosa obra de la creación.» De aquí se colige con toda evidencia, que, habiendo seguido el período glacial, primero del cuaternario, inmediatamente al plioceno, último del terciario, el autor enseña que sólo después de ese fenómeno glacial nació el hombre, puesto que durante él, ni Europa, ni probablemente los otros continentes, estaban en condiciones de que entonces apareciera. Luego también rechaza lo del cráneo de California, y sólo admite la existencia del hombre en el período que siguió al fenómeno glacial, y es llamado diluvium inferior. Así lo enseña Vilanova en las líneas que siguen á las transcritas, y que hemos copiado atrás. Por eso, hablando de la época ó período del reno, dice: «Acompañaron al hombre en este segundo período de su existencia, además del reno, etc. (1)»

Es, pues, de todo punto imposible evitar la contradicción palmaria que existe entre esta doctrina y la anteriormente copiada, que refiere al plioceno la aparición del hombre, y se

(1) Véanse págs. 31, 35 y 36.

inclinaba á referirla aun al mioceno. Y como nosotros sólo nos proponemos demostrar que los cálculos de los prehistóricos, al conceder al hombre una fabulosa antigüedad, carecen de base cierta y segura, nada más necesitamos decir respecto al hombre terciario. A los argumentos de Vilanova para probar su existencia, contesta el mismo señor negándola; no es necesario molestarse más, ni hacer á los eminentes señores que descubrieron el cráneo de California en una formación pliocena, y en medio de una roca cristalina, la ofensa de sospechar que se han engañado. Con todo, no será inútil aviso decir que en los Estados-Unidos y en América en general, son siempre las cosas mayores que en Europa, y que si aquí se encuentran restos humanos en el diluvium, allá se encontrarán en el plioceno; si aquí en este, allá se llegará al cretáceo, al carbonífero, y si les apuran un poco son capaces de hallarlos cristalizados por la vía ígnea en medio del granito. Esa es mi opinión particular respecto á descubrimientos americanos, de lo que hay ya multitud de pruebas, salvo el respeto que se debe á los sábios de aquel país.

Desembarazados ya por esta sencilla manera, del hombre de la época terciaria, expresamente negado también por el prehistórico Le Hon (pág. 28 de la edición española), nos parece más conveniente á nuestro propósito marchar de lo conocido á lo desconocido, y comenzar nuestras observaciones por la época del hierro. Como esta es completamente histórica, aunque no se tengan datos seguros sobre la época precisa de su introducción en Europa, podemos también prescindir de ella, no sin notar otra vez la coexistencia del uso del hierro en unas partes con el del bronce, y probablemente de la piedra en otras regiones habitadas por pueblos más atrasados. Históricamente no se puede probar que los galos, germanos y helvéticos poseyeran el hierro antes de la segunda guerra púnica, y todo induce á creer que en Europa en general no se conoció el bronce antes de las expediciones de los fenicios. Téngase también en cuenta, para los cálculos que han de venir, que no es lícito confundir estas edades en Europa y en Asia, y porque allí nos consta, por ejemplo, que el bronce se usaba dos mil años antes de nuestra era, no se puede afirmar que en Europa llega á la misma antigüedad. Echemos, pues, que la edad del hierro llega en la Europa central y septentrional á uno ó dos siglos antes de la era vulgar; pues ni con la historia ni con los descubrimientos geoarqueológicos se prueba, ni se puede probar otra cosa, y vamos á la edad del bronce.



Refiere el Sr. Vilanova (pág. 319) la discusión que tuvo lugar en el congreso de Arqueología prehistórica, celebrado en Copenhague en 1869, en la cual el Sr. Desor decía que la marcha de los descubrimientos tiende á anular el período del bronce, ya que se encuentra casi siempre asociado el hierro á los hallazgos de aquel metal. Que en los lagos suizos se encuentran moldes de hachas, pero no lo que debió servir para fabricar objetos de adorno, espadas y otras preciosidades que se desentieran de las tumbas de Alesia, Hallstadt y Liguria; lo cual prueba, según él, la existencia de un activo comercio que se ejercía probablemente en el Norte de Italia hacia el siglo IV antes de Jesucristo, ya que no se halla nunca plata, y desde por entonces comenzaron á circular por Europa los filipos de Macedonia. Corroboró M. Bertrand la idea, notando que más allá de los dólmenes no existe un monumento caracterizado hasta la época del hierro, y que el bronce solo no se halla sino en circunstancias muy excepcionales. En resumen, para Bertrand no existe la edad de bronce en ritos y monumentos funerarios que sean de su exclusiva pertenencia. Sostuvo lo contrario Worsæ, con relación á Dinamarca, Suecia y Noruega, y fué apoyado por el sueco Montellius.

El Sr. Vilanova se inclina á la opinión de los arqueólogos del Norte, lo cual prueba que no hay en ello seguridad, y por lo tanto, que puede quedar embebida esta edad en la de hierro y de piedra pulimentada. Y que así debió suceder en efecto, es altamente creíble por lo que llevamos dicho, pues tanto el hierro como el bronce debieron introducirse por el Mediodía, aunque después y lentamente aprendieron los europeos á fabricarse ellos mismos los objetos de bronce y después de hierro, aleccionados por los habitantes de las colonias que vinieron del Oriente, mientras que existían aún pueblos más groseros y pobres que sólo usaron la piedra. Creyendo, pues, con Nilsson, Cornwal y otros, que el bronce fué dado á conocer por los fenicios, se comprende que tardara en generalizarse hasta que ya era usado el hierro en Italia y otros países más adelantados. Esto nos permite apreciar el valor de los cálculos siguientes:

Según Morlot, fundado en su descubrimiento en el banco formado por el Tinière, cuya falta de base sólida hemos notado ya, la época del bronce sube entre 2900 y 4200 años, es decir, que hace subir la edad del hierro, no sé por qué, á once siglos antes de Jesucristo, en cuyo tiempo ni aun en Grecia se conocía, puesto que nunca lo nombra Homero. La piedra pulimen-

tada ocupa, según él, desde 4700 á 7000 años, y el depósito entero tiene 10000. Como el fundamento es tan fútil y rechazado por otros doctos geólogos, excusamos insistir en ello.

M. Guillieron da para la piedra pulimentada en el puente del río Tlelle 6700 años, ó sean unos 5800 antes de la era vulgar.

El Sr. Steensrup hace remontar los instrumentos de piedra pulimentada de la parte inferior de las turberas de Dinamarca á 4000 años, ó sea poco más de 2000 antes de Jesucristo.

El Sr. Ferry, según las observaciones hechas en las riberas del Saona, da para la piedra pulimentada 4383 años, y para la marga azul con huesos de mammut (es decir, el segundo período cuaternario) de 5844 á 7305 años. Fecha es esta casi del todo acorde con la cronología bíblica, si en vez del segundo se llega al período del mammut.

El Sr. Arcelin, en virtud de observaciones en la ribera izquierda del Saona, da las cifras siguientes: época romana, 1500 á 1800; id. de hierro, 1800 á 2700; id. de bronce, 2700 á 3000; lo cual hace la introducción del bronce bastante posterior á las primeras empresas de los fenicios. Para la piedra pulimentada señala de 3000 á 4000 años (posterior al diluvio), y para la marga azul con restos de mammut (edad del reno, dice Vilanova, aunque habiendo restos de mammut puede ser de la primera época cuaternaria) de 6700 á 8000.

Le Hon, tomando un término medio, como si en cosa de hechos y fechas fueran posibles avenencias y términos medicos, da las siguientes:

- Aparición del hierro en Occidente, 2700 años.
- Edad del bronce, entre 2700 y 4000.
- Id. neolítica, entre 4000 y 6000.
- Id. del reno, más allá de 7000.

Dando cierto valor á la época de la introducción del bronce, es ya imposible calcular las anteriores, y si no fuera por hablar sin grave fundamento, podríamos establecer una cronología bien distinta, seguros de que nadie la pudiera impugnar con datos ciertos. Diríamos, por ejemplo: edad del hierro y bronce desde que este fué importado en Europa por primera vez, 1300 años antes de Jesucristo. Idem neolítica ó de piedra pulimentada, 2200, durando en muchos puntos hasta la mitad y más de la época del bronce. Idem mesolítica, ó época del reno, 3200, durando en muchas partes tanto como en otras la pulimentada. Idem arqueolítica, ó período del mammut, primero de la serie cuaternaria, durante el cual, ya muy adelantado, crió Dios al hombre, sin cuidarse de si era tiem-



po de calma ó no, cosa que hace fuerza á Vilanova, 5400.

Y estaríamos prontos á pesar y medir las razones de los prehistóricos para probar que la época neolítica, mesolítica y arqueolítica necesitan más tiempo; cosa que ni el carácter paleontológico, ni el arqueológico, ni el antropológico, ni el propiamente geológico, ó sea la naturaleza de las capas y el orden y forma de su posición y sedimentación, prueban, ni como hemos visto, pueden probar.

En el estado actual de la ciencia, hemos visto que nada se ha observado que con certeza exija un número mayor de años; que los hallazgos de instrumentos de piedra tosca ó fina, no dicen por sí mismos el tiempo que ella tiene; que las cavernas han podido rellenarse de restos humanos en un espacio de tiempo bastante moderado, sobre todo, teniendo en cuenta lo que afirma Chabas (1), que bajo las capas estalactíticas se han hallado instrumentos de hierro con los otros; que las turberas en ninguna manera pueden dar una base sólida para un cómputo razonable; que los restos fósiles no prueban siempre la contemporaneidad del hombre, y cuando la prueban, no es preciso subir á épocas superiores, á seis ó siete mil años, pues nadie sabe cuándo se extinguió, por ejemplo, el elefante meridional, el mammut, el oso de las cavernas, que pudieron vivir desde la creación hasta el diluvio, ó menos, ni cuándo se fué el reno á las regiones del Norte, ni cuánto tiempo vivieron los pinos y las encinas á que han sustituido las hayas. Los argumentos de algun peso son los que se sacan del sitio que ocupan los restos humanos ó los instrumentos de piedra, y teniendo en cuenta los cataclismos y fenómenos desconocidos por que han podido pasar los lugares que los contienen, y muy singularmente el diluvio mosaico, es absolutamente imposible á los prehistóricos probar su intento. Se fundan en hechos, es cierto; pero sobre ellos construyen teorías de todo punto hipotéticas, siendo la principal que los agentes naturales y las modificaciones que operan en la superficie de la tierra han sido siempre lo que ahora, siendo así que podríamos citar cincuenta pasajes en que el mismo Vilanova nos habla de catástrofes violentas y de la mayor energía de acción en las causas modificantes. Pues de una hipótesis no se puede lógicamente deducir nada cierto, esto es contrario á la lógica; aguarden los prehistóricos á que su ciencia sea una ciencia del todo cierta, á que demuestre las ac-

(1) *Etudes sur l'antiquité historique, etc.*, Paris, año 1872.

tuales hipótesis, á que se emancipe del yugo de la incredulidad y materialismo que ahora la agobian; aguarden siquiera á ponerse de acuerdo, y entonces veremos lo que la verdadera ciencia dice, y hasta tanto nos mantendremos en la posesión en que estamos de una cronología formal, porque está tomada de un libro, para nosotros santo, y para todo el que entienda algo en el asunto, inmensamente respetable.

Réstanos responder á algunas objeciones y alegar algunos datos de geólogos que no son de nuestra opinión, concluyendo con algunas reflexiones pertinentes al asunto.

Que antes del diluvio existía ya el hombre por todas partes, como lo acreditan sus restos, mezclados con los de animales ya extinguidos.

Pues eso mismo decimos nosotros, y atribuimos muy principalmente á aquel cataclismo la desaparición de dichos animales, y una acción sobre la superficie de la tierra que los geólogos se empeñan por lo comun en no apreciar debidamente, porque pone un freno á la imaginación descompuesta. Por lo demás, en más de veintidos siglos transcurridos desde Adam hasta el diluvio, ya tuvo el hombre tiempo para extenderse por toda la tierra, en lo cual no es preciso insistir, porque es evidente y hay ejemplos históricos que lo confirman.

Y tratándose de este asunto, es curioso el cómputo siguiente, que tomamos de una célebre revista italiana.

Poblacion actual del globo, segun Faadi Bruno.... 1.293.000.

Aumento medio anual  $\frac{1}{200}$

Tiempo necesario para que un matrimonio dé la poblacion actual, segun este aumento medio:

$$2 \left(1 + \frac{1}{200}\right)^x = 1.300.000, \text{ en números redondos;}$$

de donde  $x = 4100$  años; resultado notable, teniendo en cuenta la brusca interrupción efectuada por el diluvio.

Suponiendo el aumento sólo de  $\frac{1}{292}$ , ó sea 0,00347, se encuentra  $2 \left(1,00347\right)^{5856} = 1.300.000$ . El número 5.856 es el límite máximo, por ser 0,00347 un aumento excesivamente pequeño, y no nos lleva ni aun al diluvio, segun la version de los Setenta.

Lyell calcula para la formación posterior á la glacial,—durante la cual hemos visto que no habia hombres aún, segun Le Hon y Vilanova, salvas las contradicciones de este,—60.000 años, tiempo que tardó en formarse la cuenca del Mississippi. Los fundamentos son de mucho peso, dice Vilanova, y están basados en el espesor de la formación, comparada con la elevación me-



dia del valle de Egipto; sobre lo cual nada necesitamos decir despues de lo dicho, sino notar la contradicción en que este geólogo está con otros y consigo mismo. Repito únicamente que no hay medio posible de averiguar el tiempo que tardó en formarse un sedimento ó acarreo antiguo, sino partiendo de una hipótesis más ó menos caprichosa.

Lo que dice Vilanova sobre hallazgos de restos de la industria humana en formaciones glaciales, aunque manifestando sus dudas, ó se explica por una mezcla debida á un cataclismo posterior, ó no tiene valor alguno, supuesto que en esta época no habia aún aparecido el hombre, segun Le Hon y Vilanova, salvas las contradicciones dichas.

Los esqueletos de Estangenas á un metro de profundidad en una formación llena de conchas del Báltico y levantada hoy 100 metros sobre la superficie, probaria grandísima antigüedad si los hombres cayeron en el mar, se ahogaron, se quedaron los cadáveres en el fondo (cosa que ahora no sucede), se fueron recubriendo de limo y restos mariscos, se alzó paulatinamente el suelo y llegó á la altura que hoy tiene. Cuando todas estas condiciones se prueben, se podrá hallar algo formal.

«Que durante el primer período glacial cuaternario, si es que su existencia no admite duda alguna, fueron compañeros del hombre el oso de las cavernas y el elefante primitivo (Vilanova, 176).» Concedámoslo, ¿y qué? ¿Quién sabe cuándo se extinguieron esas bestias? ¿No es cosa sabida que en nuestros mismos dias, en medio de un período de calma, y por sola la acción del hombre, se han extinguido ó están desapareciendo otros animales? Y si «aun en los aluviones modernos hay restos de animales extinguidos, aunque poquísimos;» ¿por qué no podrá haber más en los más antiguos, mezclados con séres muy posteriores?

«Que el espesor del diluvium supone largo tiempo.» Digase cuánto y por qué no puede ser ménos, á pesar de que el mayor, ó sea el de los valles, «es debido á gran fuerza de transporte en las aguas (pág. 180).» Cuanto al segundo diluvium, confiesa Vilanova que no todos creen que sea posterior al primero (181); pues póngase de acuerdo.

Sobre las hachas del Soma y la famosa mandíbula, nada tenemos que decir. Los bancos en que yacen fueron arrancados por el agua del terreno terciario, dice Vilanova (182), y esto pudo ser bien entrado el período cuaternario, antes ó despues del diluvio, quizá por la acción de este, mezclando restos de diversas edades, que se depositarian en capas no muy ordena-

das ni paralelas, como no lo están estas, pues á veces tienen una inclinación considerable. Y así, el que los restos de la industria humana se hallen en las capas más bajas, no prueba nada absolutamente.

De la cueva de Goyet ya hemos hablado; y es de notar que al hablar de la antropofagia de los hombres de estas edades remotas, cita un dólmen, en que se halló cerámica con sílex, es decir, de la época del reno, ó mesolítica que él llama, y que segun su doctrina no puede ser muy antigua, puesto que no lo son los dólmenes, pertenecientes ya á la época neolítica.

«Los dibujos del *ursus spelæus*, *elephas primigenius*, etc., prueban que el hombre los tuvo vivos á la vista.» Demos que así sea, pero pruébese que esos animales no vivian ya hace 6 ó 7000 años.

Sobre el cráneo de Natchez, al que se atribuye una antigüedad de 50000 años, el mismo Vilanova habla con dudas (pág. 231), y fray Maurer dice que sería muy difícil refutar científicamente al que afirmase que la antigüedad de este esqueleto no pasa de 5000 años, y Lyell no da importancia alguna á este accidente. Y en el *Ausland*, año 1864, se habla del hallazgo de un cráneo humano entre los guijarros del *Uther-diluvium*, á cinco piés de profundidad, esculpido en mármol, y que data ciertamente de la era cristiana.

Como á los kiokennmondings se les da comunmente una antigüedad igual ó poco mayor que á las turberas de Dinamarca, calculadas, como hemos visto, en 4000 años, y los dólmenes, palafitos, túmulos, cranoges, terramares, etc., son posteriores, no es preciso detenerse en esto.

Cuanto á los esqueletos de Denise hallados en la roca volcánica, el mismo Lyell dice que esto no prueba que el hombre presenciara la actividad de los volcanes de Auvernia, porque la roca en que fueron encontrados era más porosa y no se deshojaba, como la que la rodeaba; por consecuencia, que era una roca metamorfoseada perteneciente á una edad mucho más reciente. Además de que ningun perito ha visto estos esqueletos en su ganga primitiva.

Como coronamiento de lo dicho, será conveniente advertir que hay todavía hombres doctos que creen posible encerrar en la cronología ordinaria, no sólo la edad del hombre, sino la historia toda de la tierra. Nosotros no adoptamos ni rechazamos esta opinión atrevida. Entre ellos está Laurent, miembro de la Sociedad Geológica de Francia. Además Desmoulin dice lo siguiente: «Declaro en mi nombre y en el de M. Gourges, que desde hace 35 años que estudiamos estos instrumentos, jamás los hemos



hallado en una capa que no estuviera removi- da por mano de hombre. Exceptúo solamente las hachas pulimentadas, que se hallan á veces entre las ramas de árboles cortados (1).»

Cárols Vogt, célebre materialista y prehis- tórico, dice en sus *Prelecciones acerca del hom- bre*, «que los hombres se encuentran *primera- mente* en el período diluvial, por otra parte lar- guísimo (como que acepta para la cuenca del Mississipi muchos más años que Lyell), que to- davía no se han hallado vestigios de su apari- cion anterior, es corriente entre los geólogos (ignoro si habrá mudado ya de parecer); mas si apareció en nuestro continente antes ó des- pues del *último período glacial*, se disputa. Des- pues de la más atenta consideracion de los he- chos, yo he adoptado el último partido; en to- das partes he encontrado pruebas de la existen- cia del hombre únicamente despues del gran período glacial, despues de la formacion del terreno glacial de Escandinavia, Inglaterra, Suiza, etc.» Y hablando de las cavernas, dice que la distribucion en ellas de las materias que las rellenan, conserva un *caracter misterioso* (es decir, que no lo entiende).

Plaff asegura que las capas de estalactitas y estalacmitas se llenan hoy todavía en el es-

(1) *La question diluvial et le silex ovoré*; Paris, 1864.

pacio de 50 años. Elie Beaumont, admitiendo la autenticidad de los hallazgos de Perther, sostenia, sin embargo, que no eran más antiguos aque- llos restos que los encontrados en los palafitos. En fin, confiesa Vogt que falta toda base para calcular la edad del hombre por años, siglos ó miriadas de siglos. Es confesion preciosa y muy verdadera.

Al concluir este trabajo, debemos confesar que se ha emprendido habiéndonos faltado ha- sta el auxilio de los libros en que se combaten las teorías prehistóricas. Para nosotros el éxito de esas teorías no es dudoso; ellas se sostienen y cunden merced al espíritu de incredulidad y materialismo hoy dominante, y nos parece un lastimoso error el que las secunden los creyen- tes y católicos como Vilanova, que á su pesar habla no pocas veces el lenguaje de los mate- rialistas. Para nosotros es *una verdad demos- trada en filosofía*, que el hombre no procede de un estado salvaje primitivo; que las fraccio- nes de la humanidad que á ese estado llegaron, lo hicieron descendiendo; que para volver á su- bir necesitaron todas la accion de los pueblos civilizados; y por consiguiente, que hubo *siem- pre* algunos, de los que partió esta accion, pa- ra volver á civilizar á la humanidad; mision que ya no puede desempeñar sino el pueblo cristiano, hasta que haya *unum ovile et unus pastor*.

## APÉNDICE SEGUNDO

### III

#### UNIDAD DE LA ESPECIE HUMANA

Si hay un problema interesante y capital para la humanidad, y del cual por lo mismo no puede prescindir la Historia universal, lo es ciertamente el de la unidad de la especie hu- mana, y mucho más si esta unidad no es sólo tal cual la ciencia la admite, sino como la re- velacion la enseña y perfecciona; esto es, aquella unidad por la cual, no sólo todos los hombres tie- nen la misma naturaleza esencial, sino que ade- más son hijos todos del mismo padre y constitu- yen una sola familia de hermanos. Idea nobilísi- ma, que cambió radicalmente las relaciones hu- manas, y que avivada más aún con la doctrina de la redencion de todos los hombres con la mis- ma sangre del Hombre-Dios, es la causa prin- cipal de la civilizacion del mundo y de la más completa y universal que esperamos en lo fu- turo. Sin esa idea, dominaria aún la horrible máxima antigua que hacia un enemigo de todo extranjero y daba á la guerra de conquista por el éxito coronada, la cualidad de un derecho, y hacia de la nacion vencida materia de explo- tacion y plantel de esclavos de la vencedora.

Aunque el Cristianismo no tuviera otros mé- ritos que el de haber introducido en el mundo esta idea fecundísima y santa, bastaria para que todo hombre de corazon y nobles senti- mientos le admirara como la doctrina más so- cial, y le reverenciara como institucion divina. Mas la mentida civilizacion de nuestro siglo, parece cansada de él y pretende volver al pa- ganismo, resucitando doctrinas de que se hu- biera avergonzado con razon cualquier filósofo ó publicista de la Edad Media, contra cuyas ti- nieblas y barbarie tanto suelen declamar hoy los de sábios presumidos.

Se ataca, pues, esta idea eminentemente ci- vilizadora y santa, ó por el interés material de sostener la esclavitud, ó por el de destruir el cristianismo, para sustituirle con el materialis- mo más abyecto y el ateísmo más brutal. No se extrañe, por tanto, que nos detengamos en un punto tan capital para la historia, para la civi-

lizacion y para el cristianismo, y pongamos á la vista del lector la falta de ciencia, ó la ciega prevencion de los que atacan la unidad de la especie humana, aun despues que la *fraterni- dad* por Jesucristo predicada y enseñada sirve de lema á los partidos más avanzados, que se creen los mejores representantes de la civiliza- cion y los directores del progreso humanitario. Perdónesenos que entremos en largos porme- nores, que expongamos el estado actual de la ciencia, que demostremos que, no ella, sino prevenciones odiosas son las que hacen á mu- chos rechazar la idea de la unidad de la espe- cie humana y de la fraternidad universal, que nos enseña el Génesis por una parte, y Jesucris- to despues al decir: *mas vosotros todos sois her- manos; orareis así: Padre nuestro, que estás en los cielos*.

### I

Si existe la especie zoológica, y no es una mera abstraccion fundada únicamente en seme- janzas más ó ménos íntimas, ha de ser inva- riable en lo esencial, ha de constituir un tipo, ha de representar una idea orgánica especial, en la cual encuentre una barrera que jamás pueda traspasar. La especie puede aparecer ó desaparecer de la tierra; pero jamás puede tras- formarse en otra; si ha de ser una especie real y verdadera. Descartamos, pues, para nuestro objeto la hipótesis de los trasformistas, hoy en boga con el nombre de darwinismo, aunque nuestros argumentos les alcanzarán tambien de una manera irrefragable; pero principalmente hablaremos con los que, admitida la especie, y por consecuencia su fijeza, sostienen que la hu- manidad está compuesta de muchas, de modo que sea imposible derivar, por ejemplo, al ne- gro ú hotentote del europeo. Contra estos sos- tenemos, con la generalidad de los naturalistas y etnógrafos, que las razas humanas son va- riedades de una sola especie y no especies de un género; que la ciencia no puede probar la